



El fin último que nos proponemos es la destrucción del Estado, esto es, de toda violencia sistemática y organizada, de toda violencia sobre los hombres en general. No esperamos el advenimiento de un orden social en que no será observado el principio de la subordinación de la minoría a la mayoría. Pero al luchar por el socialismo, estamos persuadidos de que éste se convertirá en comunismo y de que, como consecuencia de ello, desaparecerá toda necesidad de violencia sobre los hombres en general, de la subordinación de un hombre a otro de una parte, de la sociedad a otra, pues los hombres se acostumbrarán a la observación de las condiciones elementales de la convivencia social sin violencia y sin subordinación.

LENIN
(«El Estado y la Revolución».)

PUBLICACION MENSUAL

Organo de la Sociedad de Obreros Constructores de Carruajes de Madrid

AÑO II. Núm. 12.

Dirección: Piamonte, 2 (Casa del Pueblo).
Secretaría: los Lunes, Miércoles y Viernes de 7 a 9

Madrid, Marzo de 1933

La explotación del niño

Marcha el jovencuelo con el instrumento de trabajo, pensando quizá en su suerte futura, mirando al porvenir con negro pesimismo y preguntándose: ¿Por qué no habré ido a la escuela?

Es la tragedia del campo. Desde la infancia uncido al yugo de la servidumbre, marchando a buscar el sustento cuando todos los muchachos van a la escuela y siendo las primeras lecciones el culto al edio, porque es imposible enseñarle a amar después de una jornada ruda, castigado ferozmente por el látigo del amo.

El niño del campesino sufre las vicisitudes de la vida, porque sus padres son explotados ferozmente, porque el salario es corto, porque la explotación es grande. ¿Qué de extraño tiene que en la tierna infancia se cree el pesimismo, que le ciega los ojos a la belleza natural y aprenda a mirar todo lo simbólico como un objeto de lujo de los poderosos y un monumento creado a costa de los sacrificios de los explotados? No se les enseña el culto a la belleza porque sólo se reserva a los favorecidos por la suerte; caminan por la vida tomados por unos, abandonados por otros, como mercancía, y al final, sin poder satisfacer las necesidades más perentorias.

«Yo, a los doce años, tomé el azadón como un hombre», dice el tierno infante. Y la realidad es dura, porque no supo jugar, miró con envidia a los favorecidos y al pasar por el lado de los niños del «amo» odió su corazón, en esa edad en que sería necesario hacer ver que el amor al semejante era la belleza ideal de la vida; pero nadie se ocupó de ello, más que cuando aquel que fué explotado delinque y sufre las garras de la justicia, encarnadas en una implacable y fría sociedad.

Es la tragedia del niño del campesino: va a la escuela rural, cuando no es utilizable, a aprender unos métodos viejos, regidos por un profesor de aldea; ayuda al autor de sus días en los momentos de libertad y sale al campo a rendir su tributo al trabajo sin conocer nada, sin haber visto nada, sólo porque el padre lo manda, a la vista de la insuficiencia del salario, roído por la miseria que les envuelve, escuchando los lamentos de la madre y las blasfemias de los hombres, soportando las inclemencias del tiempo y viviendo cubierto con unos harapos que maldubren las carnes tiernas, que más

tarde quizá servirán de cebo a una enfermedad terrible.

Aun hablan de amor los plebeyos de una religión, los que fueron autores de la explotación inicua del niño; todavía se atreven a formular anatemas contra el hombre que destruye, sin decir que ellos fueron culpables de la formación espiritual del campesino; que los arrojaron a la calle cuando la enfermedad les perseguía y no podían pagar la renta; que sacaron a los hijos del regazo de la madre para empujarlos al fango, porque necesitaban brazos que por un mísero jornal les hicieran un trabajo abrumador. ¡Se asustan los responsables!, y la ley les protege porque fué hecha a capricho del poderoso, porque los legisladores no entendieron de incultura y su articulado fué hecho por hombres salidos de las familias que monopolizaban el poder y que no conocieron la injusticia de la vida en la edad temprana, sino que fueron rodeados de múltiples comodidades, que formaron una conciencia asustadiza e incomprensible de que llegara un semejante a destruir una obra creada para su recreo.

Hablan de salvajismo, de actos vandálicos, de ataques a la propiedad, sin decir los orígenes. ¿Es extraño que un hombre cometa un acto punible si estuvo ignorante de lo que representaban determinadas obras de arte?

Probablemente existirán malvados que por un afán destructor lo hagan; pero también es posible que existan seres que ignoren lo que esto representa, porque nadie se lo dijo, porque cuando niños les hablaron los hombres de goces del dueño de las tierras que regó con su sudor; le vió cruzar en veloces vehículos acompañado de un cortejo de aduladores y de hombres perfumados, tirando aquel dinero que su padre le llevara en momentos en los cuales un hermanito suyo moría de insuficiencia y su madre hablaba de escasez de alimentos; escuchó al cura del lugar que tenía que resignarse y acató sus órdenes porque no veía que éste también hablaba en favor del poderoso, llegando a ser hombre con una predestinación a segar de un golpe todos los instrumentos de tortura.

¿Qué extraño es que en ese instante surja un malvado que le exponga las facilidades para acabar con todo, y aquel hombre se lance por la senda de la desesperación?

Conviene pensar en el mal; pero es necesario ponerle remedios humanos. El niño debe tener su época de despreocu-

pación de los problemas económicos, y eso se consigue con una imposición firme de que no sea vulnerada la edad escolar para servirse de ellos como complemento de un jornal insuficiente. Dar al padre los medios económicos necesarios para que sostenga una familia y aconseje a sus pequeños el amor a sus semejantes. Pero la clase adinerada se opone ferozmente a que esto suceda, porque cuando la comprensión llegue a los cerebros sus privilegios serán abolidos. Más vale poblar de carne doliente hospitales y cárceles que mermar sus privilegios de casta, dirán ellos. Y entonces, ¿para qué quejarse, si la obra fué hecha por su cerril incomprensión? Pero el camino para la burguesía es fácil: crear un desorden allí donde impere la justicia; poner trabas a la marcha de la civilización, teniendo también como auxiliares una parte de los hombres cuya incultura labraron, que les sigue ciegamente, como antes lo hicieron con el malvado aquel que les aconsejara destruir una obra hecha por los hombres, símbolo del progreso de un pueblo, y lanzar gritos demandando castigo contra los pueblos que piden justicia.

Habla el hambre y contesta la ley. La propiedad está garantizada por el Estado. También la vida del ciudadano tiene que tener la garantía de un poder constituido; pero eso sólo lo consigue un Estado perfecto, un régimen justiciero que mida a los hombres con una misma medida y proclame la igualdad de derechos y deberes, nunca un Estado capitalista que establezca diferencias entre los hombres, que alimente los odios de los de abajo, protegiendo implícitamente a los poderosos; poder legal, pero absurdo, porque la legalidad de la incomprensión de un pueblo que cuando tiene los medios de transformarlo todo licitamente entrega sus votos a los caciques por el temor de verse sin salario al día siguiente, sin pensar que así va prolongando día tras día la esclavitud suya y la de sus descendientes.

Se hace necesario que el campesino medite seriamente las consecuencias de su actuación pasada y haga firme su decisión de reformarla en lo futuro. Sus hijos tienen que saber, para que la vida no les maltrate manejándolos como naves sin rumbo, crear el optimismo en la infancia, para que éste sea el guía del futuro y les enseñe a comprender la injusticia del ambiente; hacer hombres, no esclavos, que sirvan sin comprender que el «amo» los utiliza como mercancía, que cuando es aquejada por una dolencia na-

tural se la pone en la calle para ser substituída por otra más en la plenitud de sus energías, teniéndola en menos aprecio que la bestia que compra en el mercado.

Labor de constancia, pero firme. ¡Pensad en el niño que curva sus esfuerzos y sus espaldas por la fuerza del instrumento de trabajo! ¡Pensad en la madre que ve partir a su hijo con pena en esa edad, porque sabe que le van a azotar las inclemencias del tiempo y de la maldad de los caciques! Habladle de amor para que deseché el pesimismo; pero decidle que cuando sea hombre tiene que procurar librar a los que le siguen de la explotación y que sus derechos se manifiesten con arreglo a lo vivido en petición de una sociedad más justa; pero los padres han de ser los que, comenzando la obra, actúen cuando se les pida el manifiesto de una opinión expuesta en las minúsculas papeletas, en la actuación dentro de las organizaciones y en el encauzamiento de la vida en el hogar.

¡Pensando en el niño laboráis por el futuro! ¡Hablad fuerte para que se oigan las palabras serenas y firmes de convencidos!

... Y cuando alguien se levante predicando odios, sean de uno o de otro matiz, contestadles que el ideal del proletario coloca a los hombres en la categoría de hermanos y que lucháis tenazmente por conseguir lo que sus máximas explican.

Y mediten los poderosos cuando hablen de actos cometidos, porque sólo ellos fueron responsables de hacer una clase explotadora inculta, impidiendo el paso del niño a la escuela cuando todavía pudo ser enseñado a respetar las obras construidas por la inteligencia humana.

ANGEL GARCÍA.

Contra la guerra

¡No vayáis, hermanos!

Ahí está ya la guerra. El fantasma de la destrucción asoma su mueca, más horrible que la muerte misma. La guerra, mezcla de dolor, de fealdad y de miseria, juntas en el mismo crimen. ¡El capitalismo la trae!

Esta vez acaso no se atreven a hablaros del Derecho y la Justicia como os hablaron en el otro Gran Delito de la pasada guerra. Os hablarán de otra cosa: de «necesidades industriales» acaso. Van a abandonar la careta de héroes para adoptar la de verdugos declarados. Ya visteis lo que quedó de aquellas criminales mentiras del Catorce. Bajo

aquellas heroicas palabras no había más que miserables codicias. Ya van enflaqueciendo los asesinos que chuparon la sangre de aquellas generaciones de obreros, y necesitan más carne y más sangre para volver a engordar...

La guerra, trabajadores... ¡Esa guerra que se hace contra vosotros! Porque estorbáis ya; porque sois muchos; porque habéis trabajado demasiado y tanto os han explotado produciendo mercancías, que, por fin, os van a mandar a las trincheras a venderlas; a que matéis a los otros trabajadores de la otra nación, explotados como vosotros. ¡Sobráis, y quieren mataros! Constituí ya un peligro para el mundo capitalista, que se ve abarrotado de mercancías que vosotros no podéis siquiera alcanzar. Fabricáis la riqueza; pero no para vosotros, porque el jornal que os dan la pone fuera de vuestro alcance. Telas ricas, metales manufacturados, máquinas, zapatos, perfumes, muebles y carruajes; substancias alimenticias de lujo... ¡no son para vosotros! Las habéis fabricado, sí; pero se hicieron para los otros, para los privilegiados, para aquellos que no saben de disfrutarlas, pero que tienen heredado el derecho de disfrutarlas.

Y esas mercancías, que vosotros producís con vuestra fatiga..., son ya demasiadas. No se pueden vender todas. Hay concurrencia de productores, y las aduanas no bastan a contener la avalancha de elementos producidos...

¡Y es preciso hacer saltar esas barreras de las aduanas, para que las mercancías de los capitalistas de una nación lleguen, de grado o por fuerza, a las manos de los capitalistas de la otra nación! Nadie piensa en abaratar el café; antes, en el Brasil lo que man por millones de sacos. El café... ¡hay que venderlo caro! Es la divisa del capital; fabricar barato y vender caro. Ciclo de extraña lógica, rayana en el absurdo, y en el cual vosotros, trabajadores, sois la palanca excéntrica que impulsa la rueda del capitalismo cuando disminuye en velocidad, y con vuestra miseria, sacrificando vuestras vidas en el trabajo, lográis vender el punto muerto del privilegio patronal. Cuando "ellos" no venden, comenzáis a sobrar vosotros. Es que habéis producido demasiada riqueza; es que habéis producido demasiada miel en la colmena, y para que no la probéis os mandan a matar a las otras abejas, que también han producido demasiada miel. ¡Hay que venderla! No se puede fabricar más... ¡Lo primero, el mercado!

¡Ahí está ya la guerra, hermanos trabajadores! Vosotros no la veis todavía; pero ella os mira ya a vosotros con las cuencas vacías de su destrozada calavera... ¡Ese esqueleto mutilado es el espectro de vuestro trabajo ya sobran, ya inútil, ya perjudicial! Sobran mercancías..., ¡pues sobran los trabajadores! Hay que producir la escasez para levantar el precio..., ¡pues a la muerte los trabajadores!

Vosotros no atisbáis la maniobra siniestra del capitalismo mortífero que os acecha sabiamente escondido tras los sofismas de la patria y del honor. Pronto os hablarán de patria, sí. ¡Pronto tratarán de arrebataros de vuestros hogares para llevaros a morir por vuestros amos!...

¡La patria!! ¿La conoces tú, trabajador de la tierra? ¿Es tu patria esa llanura abrasada donde el amo te persigue con la miseria y la fatiga, exigiendo que le entregues la riqueza a cambio de tu sudor no pagado? ¿Conoces tú la patria, obrero de la fábrica, en ese capataz cruel, en esa Sociedad anónima, en ese taller de máquinas, donde,

en ciclo fatal, dejas tu vida para que otros triunfen? ¿Qué sentimiento de la patria tienes tú, obrero del mundo, que desde miles de generaciones atrás has muerto en los campos de batalla para fortalecer en cada nueva guerra la reciedumbre de tus cadenas?

La patria para ti, obrero del mundo, es la deidad siniestra de la miseria, de la fatiga y de la muerte. Para ti la patria son los patronos omnipotentes que te explotan; la fuerza pública que te atropella si gritas; los impuestos, las obligaciones, el piso estrecho, la cama dura, el hambre sentada a tu mesa. Tú, obrero del mundo..., ¿qué ofensas tienes que vengar de ese trabajador alemán, francés o portugués que es tu hermano en la miseria y en la persecución sufrida?

A la patria que la defiendan los que la disfrutan. Los capitalistas, que la necesitan para defender sus privilegios, sus fincas y sus rentas. A la patria que la defiendan los que la utilizan para que les fabrique leyes de aduanas que favorezcan sus mercancías; leyes que prohiban el libre comercio que abarate la vida; leyes que mantengan el privilegio de los unos contra el derecho de los otros. A la patria que la defiendan los militares de Academia, que viven del fantasma del patriotismo. A la guerra que vayan ellos, los que aun en la paz viven de la guerra, ¡los que cobran sueldo por llevar espada al cinto! A la guerra, en fin, que vayan los que tienen algo que ganar con ella. Pero tú, trabajador del mundo, que no tienes más privilegio que tu salud cuando no se la has entregado a fuerza de trabajo al capital; que no tienes más riqueza que la esperanza de trabajar siempre... ¿qué es lo que vas a defender en la guerra? ¿Qué derechos te van a arrebatar si no tienes ninguno? ¿Qué ventajas vas a obtener de que triunfen unos tiranos sobre otros?

No, trabajador de la tierra, de la fábrica, del mundo entero. ¡No vayas a la guerra ya nunca más! No consientas ya la guerra nunca más. Los trabajadores del mundo son tus hermanos. Todos vosotros no tenéis más que un enemigo: el capital. El es el inventor de la patria; que la defiende él solo. Tú, trabajador del mundo, si la patria te entregara esta vez un fusil y te manda a morir destrozado en una trinchera para afirmarse él mejor en el Poder..., ¡ya sabes lo que tienes que hacer con ese fusil!

Sin vacilación, con el sagrado derecho del instinto, por última vez y para siempre, dispárale sobre la cabeza de los asesinos que se atreven a declarar la guerra.

(De *El Socialista*.)

Matilde de la Torre.

La humanidad en gestación

Los síntomas precursores del parto colman de inefable satisfacción el corazón de la inminente madre. Dolores sublimes, desgarrados sagrados, sufrimientos prodigiosos, y, a continuación, cumpliendo leyes biológicas inalienables, surge tierno, virginal, puro, el vástago anhelado. El niño cuando brota del vientre generatriz, después de su necesario y lento proceso, es un conjunto, un agrupamiento de células combinadas y cohesionadas según leyes naturales, eternas y vitales. Su espíritu, en este período precoz, no es más que imperceptible lucecita; pero el seno maternal, antes de evacuarle, infiltra los elementos materiales, los elementos para su ulterior desarrollo. Y ya en su nueva esfera de acción, crece en cada una de sus partes y conjuntamente. Se desarrolla su cerebro, evoluciona su corazón, forti-

ficase sus músculos. La tenue luz de su espíritu se convierte en llama; su cerebro, que era una confusa masa de materias, truécase en faro que ilumina sus inseguros pasos; el corazón, centro de sus afecciones volitivas, afirma su excelencia. Y así, lenta y reposadamente, todo su ser llega a alcanzar un conjunto armonioso, una síntesis admirable. Sus movimientos, sus acciones, son instintivas, hasta que su crecimiento le permite tener consciencia de su existencia.

Sobre la idiosincrasia del niño, sobre sus tendencias e inclinaciones, se han vertido innumerables opiniones, casi todas plagadas de aberraciones por partir de una base artificial.

Por un lado tenemos a los sofistas exégetas de homilias. Estos exhumadores de santos y milagros creen, o simulan creer, que el niño es inclinado al mal, ama el vicio, goza con fruición en la pestilente ciénaga de la corrupción. Afirman: "Es un producto del pecado, de la fornicación, y, por esto, falso, mendaz, rebelde, ocioso, malvado."

El lado opuesto a éste, diametralmente, lo representan los rousseannianos. Los argumentos que esgrimen son éstos: "El niño es naturalmente bueno inclinado al bien, amante de la virtud, trabajador, moral, sincero, en una palabra: perfecto, un dechado de loables pasiones."

Estos ilusorios y románticos conceptos, aunque de consecuencias menos perniciosas, son también erróneos.

Decimos, pues, que ambas creencias bracean, según nosotros, en un océano de contradicciones. El bien, como el mal, son conceptos accidentales y diferentes en el tiempo y en el espacio, hasta el punto de que lo que hoy admiramos o tenemos como un acto virtuoso en tiempos anteriores ha sido visto como una profanación, como un sacrilegio. Lo que en este continente o nación es aceptado como honrado, justo y bueno, es visto en aquel por deshonesto, criminal e ignominioso. Vemos, pues, que lo justo como lo injusto, el bien como el mal, son ideas que enjuician los actos humanos, admitiéndolos o rechazándolos, y, por consiguiente, diferentes en el tiempo y en el espacio.

Ahora bien; los partidarios o apóstoles de las mencionadas ideas que pretenden explicar la naturaleza íntima infantil, aceptan, al hacer tales afirmaciones, el bien y el mal como algo permanente e invariable; les dan existencia positiva como si fueran seres que existiesen por sí mismos.

El tierno infante al nacer, es un campo virgen, inmaculado—excepción hecha de los casos en que hereda taras de sus progenitores enfermos o viciosos—. Espera vehemente que se esparza en su ser la semilla, aspira a cumplir su cometido, ansía desarrollarse. Hagamos con él lo que el celoso labrador de sus campos. Este cultiva y cuida esmeradamente el terreno; si echa en el surco sana semilla; si al transformarse ésta en planta le prodiga los cuidados necesarios sin desvirtuar sus peculiares manifestaciones; si le indemniza de todo contagio que pueda intoxicarle, si hace todo esto, puede estar seguro; los frutos no se harán esperar sabrosos y abundantes.

Hagamos con el niño igual; cultivemos su espíritu con morales advertencias y enseñanzas, fortalezcamos su voluntad, indemnizémosle de todo peligro venenoso, procuremos infiltrarle el amor a la Libertad.

Enrique Vañó.

Dictadura

La voz de los jóvenes

Cuando hablamos de dictadura, como de política, una mayoría del proletariado condenamos a todas las dictaduras y a toda la política en general, sin analizar cuál es la expresión de clase de la dictadura que se ejerce y qué es la política ejercida por cierto sector del proletariado.

La dictadura ejercida por Primo de Rivera en España, no era ejercida por él individualmente, sino que era la expresión política de dominación de cierto sector de la burguesía para mantener su dominación de clase sobre el resto de las demás clases del país, lo mismo que la dictadura fascista de Musolini (Italia), Machado (Cuba), etc., y demás dictaduras que de por sí marcan su matiz burgués, pero hay una diferencia profunda entre estas clases de dictaduras y la dictadura del proletariado hoy ejercida en Rusia; esta dictadura, como la dictadura burguesa, no es ejercida individualmente, sino que es la expresión política de la clase proletaria, para llegar al fin que aspira y aplastar los restos deshechos de la propiedad privada, esta es la diferencia fundamental que hay entre una dictadura y otra.

La política es la plataforma sobre la que se basa la burguesía para su dominación de clase, es el poder político el que guarda sus intereses, y, por último, son los políticos burgueses y los traidores a la clase obrera (líderes socialistas) los que la orientan y los que hoy en España, sin necesidad de declarar una dictadura abierta, con el nombre de republicanos-socialistas y con la cacareada "democracia", asesinan diariamente a decenas de proletarios que luchan por el pan y la libertad; esta expresión política de hoy y la de Primo de Rivera defienden los mismos intereses, y, nosotros, el proletariado, necesitamos también nuestro partido político de clases, que nos oriente, que organice nuestras luchas contra la clase parásita, única causante de este estado de cosas, e ir hacia una sociedad mejor. Todo el proletariado nos damos cuenta, a través de nuestras luchas económicas con la burguesía, lo ligada que está la economía individual con el aparato político; esto mejor que nada, nos demuestra la pauta a seguir y quitarnos de encima esa indiferencia hacia los problemas políticos.

Pero quiero volver hacia lo primero aquí expuesto, y recordar a ciertos compañeros que de la teoría de una ideología a la práctica no hay ningún barranco; para las fiestas del XV Aniversario de la revolución de octubre en Rusia, fué de distintos puntos de España una delegación de obreros y obreras, en número de 28, de distintas tendencias e ideologías, y a su regreso en Madrid, (en el Salón de Variedades), entre una serie de detalles sobre la situación ventajosa del proletariado en la U. R. S. S., lo que más garantía me dió, fué que en Moscú, vieron desfilar, aparte del Ejército Rojo, miles y miles de proletarios con el fusil al hombro; y yo ahora, después de haber leído una serie de artículos de la prensa (burguesa y proletaria) de la situación angustiosa del proletariado bajo la dictadura férrea y del hambre que están pasando, yo me pregunto: ¿nosotros estamos desarmados y luchamos contra este régimen de explotación? ¿Y ellos que están armados por qué no se sublevan contra esa dictadura tiranizante? Esto y todos esos ataques que con tanta saña lanza todos los días la prensa contra la Unión Soviética, nos demuestra al proletariado, por

instinto de clase, que el camino a seguir es el camino de nuestros hermanos rusos, al mismo tiempo para cerciorarnos mejor de lo que pasa allí, debemos de mandar delegados de nuestro Sindicato y sean así ellos los que nos informen, y de esta forma terminar con toda esa serie de bulos sobre la U. R. S. S., al mismo tiempo deshacernos de esos odios ideológicos que hay en nuestra propia clase.

¡Camaradas, mandemos un delegado de nuestro Sindicato a la Unión Soviética!

A. P. Lobo.

Mi opinión sobre el paro

El paro forzoso que se deja sentir en estos momentos y del cual son víctimas un porcentaje bastante elevado de obreros del carruaje, yo creo que no hay que buscarlo en la crisis de trabajo efectiva, como en otros oficios, ya que en el nuestro vemos un desarrollo creciente tanto en el coche industrial como en el de turismo; pero particularmente en los primeros. En nuestra industria se debe el paro a la apatía que en todo momento han sentido los patronos, no preocupándose de ponerla a la altura de las demás naciones, llegando a la consecuencia tan lamentable por que atravesamos actualmente. Pero además, en estos momentos es más aparente que real debido al egoísmo de estos señores, que a toda costa quieren romper la unidad de todos nosotros para de esta forma conseguir una rebaja en los jornales y poder manejarnos más a su capricho, pero esto no lo conseguirán y creo que como yo pensaréis todos vosotros; antes se arruinarán todos ellos que hacer sucumbir a nuestra organización. Sin embargo, tenemos que fijarnos detenidamente en los hechos transcurridos y oponer al egoísmo patronal nuestra fuerza; no debemos consentir que se sigan lanzando al hambre a nuestros camaradas que todavía trabajan, últimamente son despedidos cien compañeros que trabajaban en Talleres X, alegando que se cerraba la casa, cuando en realidad de lo que parece que se trata es de una discrepancia entre los socios capitalistas de esta casa y de la cual tienen que ser víctimas, como siempre, los trabajadores, y no terminará esto aquí si no tratamos de destruir estas maniobras patronales, impidiendo por todos los medios que se siga aumentando el enorme ejército de parados que ya existe y que trae como consecuencia la angustiosa situación que ya se deja sentir en algunos hogares de nuestros camaradas.

Pero también somos los parados los que tenemos que preocuparnos algo de resolver este problema; debemos darnos cuenta que sin hacer presión a quien haga falta, no solamente no resolveremos nuestra situación, sino que cada día se irán sumando más camaradas que trabajan a los parados que ya existen. Esta es una cuestión que se debió tener en cuenta por todos los parados cuando se discutió el asunto de los autobuses en el Ayuntamiento, acudiendo todos, no a pedir, como creen algunos camaradas equivocadamente, sino a exigir la construcción de estos autobuses en Madrid, puesto que es aquí donde van ha ser explotados, y si convenía a alguien defender los intereses de la poderosa Compañía de tranvías y para esto había que construirlos fuera, entonces exigir un subsidio de paro al Ayuntamiento o al Estado, ya que son los verdaderos culpables al defender a los capitalistas, importándoles muy poco el hambre de los obreros; pero esto no se hizo, y si estos coches no se construyen en Madrid, todos nos lamentaremos,

aun cuando nosotros hayamos contribuido en parte a esto, por nuestra despreocupación.

Esta creo que será una forma de resolver el paro, no como cree el camarada De Frutos, cerrando la frontera a los coches extranjeros, pues esto traería como consecuencia que fuera cerrada también para nuestros productos, con lo cual lo que habíamos hecho sería crear una situación peor; pero particularmente los obreros no debemos tener fronteras, no podemos ver en los trabajadores extranjeros más que hermanos de explotación y en vez de cerrarles los brazos, hemos de abrirlos para, en un abrazo internacional, apoderarnos de lo que nos pertenece, después de haber deshecho al único enemigo de los trabajadores: ¡El capital!

Antonio Martín.

Con plumas de poetas.

HUMILLACION

—Ya no me haces falta—me dijo al despedirme el dueño de la fábrica.

Y como quien quiere disimular un profundo disgusto, añadió:

—Los tiempos son malos; apenas hay tarea.

Tuvo hasta el lujo de arrojarle una mirada de compasión.

Salí. El niño mayor me esperaba con su tarterita de garbanzos y un cacho de tocino. Miré a mi hijo con tristeza y comí de mala gana.

Han pasado cuatro semanas. ¿Sabéis lo que son cuatro semanas sin trabajar? El tendero, el casero, todos me miran de reojo. ¿Soy yo malo, por ventura?

Mis criaturillas, aunque paliduchas, eran juguetonas y alegres. Bien me hacían reír. Ahora me agarran el pescuezo y sueltan la moquita. Claro, sienten hambre y me ven triste. Pero ¿qué mal hicieron las cuitadas? Unas lágrimas de un niño ¿no vale muchísimo más que todas las riquezas, todas las exquisiteces, todas las diversiones de los ricos?

Por no llorar yo también me he escapado de casa hace unas horas. Y temblando voy de fábrica en fábrica. Temblando de vergüenza y temblando de ira. Ofrezco estos dos brazos. ¿Me queréis creer que si se tratase de robar llevaría más alta la cabeza? ¿Acaso para trabajar es también forzoso humillarse, aguantar ciertas miradas de protección, de orgullo y de insolencia?

Tomás Meabe.

¡Casas Viejas!

Mucho se ha escrito y hablado sobre la horrenda tragedia de Casas Viejas, pero a juicio mío, aún no se ha dicho todo sobre la magnitud de esta salvajada monstruosa, pues todo lo que se habla y escribe va encaminado a pedir que se aclare la responsabilidad que pueda haber al Gobierno, como asimismo aquella sanción o sanciones en que hayan incurrido los causantes de la tragedia.

Pero si bien este crimen tan horrendo, apasiona grandemente a todas las clases sociales, hay otro factor de grandísima importancia del cual nadie se acuerda, y es para mí tan terrible como el asesinato que todos en estos momentos repudiamos, y es que nadie se acuerda al pedir más o menos justicia o venganza, de esas pobres viudas y esos infelices hijitos que ningún mal hicieron para que todo el mundo se olvide de ellos.

Esas viudas enlutadas, esos huerfanitos,

¿es que no son dignos de acudir en su ayuda? ¿Se sabe por ventura que hayan acudido en su auxilio todas esas comisiones más o menos parlamentarias, periodísticas y de información? ¿Acudió el Gobierno en ayuda de esos infelices niños y de sus pobres madres? ¡No! Si acaso acudió alguien, habrán sido modestos trabajadores, campesinos hermanos en miseria de los infelices que cayeron asesinados por las huestes de Rojas, Artal y Menéndez...

¡Casas Viejas! ¡Arnedo! ¡Lo mismo hoy que ayer! En la República como en la Monarquía; en ésta, Monjuich, Annual, Alcalá del Valle, Arlegui, Martínez Anido; en la República, Parque María Luisa, Pasajes, Jerea, Gilena, Arnedo y Casas Viejas. ¡Y aún se extrañan de Castilblanco! ¡Siempre el despotismo! No se dan cuenta los despotas de que sucumbirán víctimas de su propio despotismo.

La magnitud de los horrores de Casas Viejas ha colmado la indignación pública; ya no podemos creer en la justicia, ya no podemos creer en que serán castigados los asesinos; éstos se escudarán en que tenían que cumplir órdenes dadas por un desalmado, sin tener en cuenta que es tan desalmado el que da una orden de esa naturaleza como el que la ejecuta; esas órdenes no se cumplen, aunque las mande el más alto poder, porque el que las lleve a cabo, ya no podrá dormir ni vivir tranquilo, porque los muertos mandan y serán la pesadilla que truncará su vida hasta aniquilarlos, porque a la sombra del crimen nadie puede vivir con tranquilidad.

¡Pobres viudas! ¡Pobres huérfanos! ¡Pobres florecillas arrancadas de la tierra al nacer a la vida en el huerto de "Seis Dedes"!

¡Pobres viudas! ¡Pobres huérfanos! ¡Potas, amapolas rojas que hoy se yerguen pálidas, meditabundas, viendo delante de ellas y de sus hijos, hasta dónde puede llegar lo brutal y monstruoso de la soberbia del mando; ¿pensarán acaso estas viudas y los huerfanitos que llegará hasta ellos la justicia? No, estos infelices no pueden creer en la justicia, ante la verdad de los hechos acaecidos en el pueblecito de Casas Viejas; esas infelices, que de nada son culpables, clamarán en vano pidiendo justicia contra la bárbara tragedia que los reduce a la miseria y al dolor; de nada servirán sus lamentos y sus lágrimas, nadie de los que tienen el deber de correr en ayuda de sus dolores lo ha hecho; cuando nosotros, los trabajadores, vayamos en ayuda de esos infelices y de sus hijitos, será cuando empiecen a creer que en la tierra todavía hay amor, todavía hay sentimientos humanitarios...

Es un deber de hermanos, que corramos todos a amparar a esos niños, a esas madres, y si como siempre sucede, se tratara de hurtar a la justicia el castigo de los infames culpables, todos como un solo hombre, a exigir que la monstruosa matanza de Casas Viejas no quede impune, que los asesinos de los campesinos de Casas Viejas paguen su delito, pero de un modo claro y terminante, que no suceda como en Monjuich, Alcalá del Valle, Monte Arruit, Pasajes, Arnedo, Parque de María Luisa y demás tragedias que los trabajadores no pueden olvidar, y si no se hace la verdadera justicia, la que todos pedimos, entonces todos los actos revolucionarios que se organicen en venganza, serán poco, pues esta horrenda tragedia hay que castigarla con la pena de Talión:

"Ojo por ojo; diente por diente."

Aniceto Gacio.

Marzo, 8, 1933.

El niño y el hombre

Niño que hoy no ves más de este mundo la maldad, pues tu tierna y corta edad no te permite pensar, ocupándote solamente con tus caprichos, que son miles, de tus juegos infantiles, con la cara sonriente, con los soldaditos de plomos jugando, con tu caballito de cartón, la escopeta y el balón, todo el día te pasas danzando con la pelota, el patín, con el auto pequeñito, el aro, el yo-yo y el triciclo, pasas el día en juegos sin fin; y en las guerras no respetas con tus fantasías juveniles deshaciendo ejércitos infantiles, con tambores y trompetas.

Pero cuando empieces a ser hombre, olvida todos los juegos, y busca horizontes nuevos que den a tu patria nombre; no anides nunca en tu pecho odios ni rencores, y ahoga las pasiones que no te den provecho. Trabaja y estudia sin cesar, y no olvides, aunque te asombre, que de lo contrario, no serás hombre ni lograrás un bienestar.

FLORENTINO VICENTE

PRO-PRESOS

Se ha hecho una colecta. La Comisión lo creyó necesario para poner en práctica su misión. Lo recaudado se eleva a unas setenta pesetas (70).

El carácter voluntario de la misma nos autoriza para emitir nuestra opinión sobre sus resultados. Nos parece poca cosa para lo que hubiéramos deseado nosotros, que, no como comisión, sino como compañeros identificados con todo lo que signifique rebeldía, nos vamos a atrever a juzgar la solidaridad de los camaradas de carruajes; hay muchos compañeros a tres días, otros que ni eso, su voluntad tropieza con el dique de la carencia de recursos para manifestarla; también los hay que trabajan la jornada completa y no han acudido con su ayuda a fortalecer nuestra labor, compañeros que se ponen al margen de los sentimientos para los que caen víctimas de la desigualdad económica, compañeros que ven la sangrienta lucha del capital contra el hombre, contra la humanidad, pisoteada desde otro plano que no sea ir a nuestra emancipación por el camino más recto, barriendo violentamente cuantos obstáculos le pone esta decrepita sociedad a las reivindicaciones de los trabajadores, compañeros dueños de su dinero, que tienen el cinismo de creer que la cárcel es el sistema de vida de algunos, que hay hombres que ponen en venta su libertad por un miserable subsidio, que le basta para recompensa de su vida de luchadores las pesetas que por un gesto generoso llegan a su poder.

Para estos compañeros, la comisión, si no dispone de palabras de gratitud, al menos como humilde advertencia, les deseamos que jamás se encuentren en el caso de necesitar nuestra ayuda; pero si llegara, puede disponer de nosotros que nadie está libre de una

injusticia, y que nuestro mayor orgullo es cumplir con nuestro deber.

Vivimos en un perenne sufrir para los trabajadores, el calvario de nuestra vida está sembrado de dolores, de dolores que son más agudos cuanto más de cerca se contempla la cruel e ignominiosa explotación del hombre por el hombre, para los que combatirla y aniquilarla es su eterna idea, su único pensamiento. es la esperanza de poderlo conseguir, lo que no le deja desmayar, porque sabemos que puede existir, que debe existir, una sociedad más justa, más humana que nivele tanta desigualdad, y esa idea es la que nos da ánimo, y por pensar así se nos persigue y se nos encierra; por eso, mientras más fuerte se nos ataca, más fuertemente debemos aportar nuestro esfuerzo y ayuda para los que tienen que purgar en una cárcel los delitos egoístas y criminales que otros, valiéndose de su autoridad, cometen. Así lo creemos y así hemos obrado, por eso, con la recaudación íntegra de la colecta, hemos aliviado la precaria situación de un preso.

Un preso de carruajes, el compañero Marcos García, sujeto a proceso por los sucesos del 8 de enero; cumpliendo nuestra misión le hemos llevado a Marcos solidaridad y alientos, que, por carecer de familia, nadie podía llevárselo. Nadie que no seamos nosotros, los explotados, los que sentimos en lo más hondo de nuestros sentimientos el dolor ajeno.

La Comisión.

Colecta Pro Presos verificada por los talleres el día 6 de enero.

Talleres Horacio Menéndez	15,30
Talleres Paulino Domingo	5,00
Talleres Recoá	5,50
Talleres Garloy	1,75
Talleres Carrizo	8,20
Talleres Mel	3,75
Carrocería Moderna	5,75
Talleres Galo Mateos	1,80
Talleres Auto Reparación	1,05
Talleres Calahorra	5,85
Talleres Torres Hermano	6,00
Talleres Morante	6,50
Manuel Rivas	0,50
Angel Becerra	2,00
Bernardo Blanco	1,00
Melchor Rodríguez	1,00
Antonio Serén	1,00
Total	71,95

Problemas de hambre

¡Mamá, dame pan!

"Arréglatelas como puedas y haz lo que te dé la gana, que yo no puedo seguir manteniéndote."

De "El Trabajo Rojo", de C. Radek.

Así es como contesta la burguesía al niño hambriento que en compañía de otros tres hermanitos suyos y de su madre, imploran la caridad de los tiranos, que al pasar junto a ellos, les echan miradas de rencor y de orgullo y murmuran palabras ofensivas entre dientes, llamándoles golfo, gandules... y cuantas palabras encuentran a mano que puedan ofender la dignidad de los que por culpa de ellos están pasando hambre.

¿Qué dirán esos pequeñuelos cuando sean hombres, de todas estas injusticias que el im-

perialismo burgués les ofrece? Dirán: cuando yo era niño, mi padre era un trabajador, que ha fuerza de mucho trabajar, en compañía de otros trabajadores, hicieron que un señor se hiciera inmensamente rico, y una vez que el señor se hizo rico, entonces mi padre fué expulsado en compañía de todos los compañeros que con él habían contribuido a tan magna empresa de hacer rico a un parásito que nos condenó a pasar hambre y mucho frío, porque era en invierno cuando aquel burgués sin corazón nos dejó sin el jornal de mi padre, que era el pan de todos nosotros; yo entonces era el más pequeño de todos los de mi casa, cuando una mañana se presentaron en nuestro desolado hogar unos señores que diciéndose la autoridad, nos echaron todos los muebles a la calle, si es que muebles se pueden llamar dos trozos de estera viejos, tres o cuatro sillas destaraladas y algún que otro cacharro, entre todo no valía nada para ellos, pero para nosotros valía mucho porque era nuestra casa, sí, nuestra casa, porque allí vivieron mis padres muchos años, allí nacimos mis hermanos y yo; y otro burgués, que se hacía pasar por el dueño, fué el que en compañía de aquellos señores de la autoridad, desahuciaron nuestro hogar, nos tiraron a la calle, y así, dando tumbos, fuimos mi madre, mis hermanos y yo implorando un pedazo de pan de aquellos que nos habían echado al arroyo.

Todo esto y algunas cosas más son las que podrá contar Antoñín, porque así se llamaba el niño que en brazos de su madre pedía un pedazo de pan a la burguesía rampante y jesuita que fué la causa de su desamparo y causa también de la muerte del padre de Antoñín, que padecía una enfermedad crónica cogida en el taller donde trabajaba y que fué la única herencia que les pudo dejar su padre a los huérfanos.

Y mientras tanto que Antoñín y los suyos siguen pidiendo limosna, se observa cierta movilidad de parásitos que llenan los centros de holganza en busca de placeres; son las tradicionales fiestas de Navidad, las calles todas llenas de puestos, con juguetes, turrónes y miles de manjares que están a la disposición de los hijos de los tiranos, y el niño pobre de seguro pensará: ¿Qué daño habré hecho yo a la humanidad, que siendo niño como ese no tengo juguetes ni como turrónes, ni manjares y sí tengo mucho frío? Tú, pequeñuelo, no les has hecho nada; pero es que en ti ven al futuro trabajador que en un mañana serás rebelde, y te quieren empezar a someter desde niño por el hambre, y porque ahora tú, según ellos, no les sirves para nada, pero ya verás, Antoñín, cuando seas hombre y tengas los veinte años, te vestirán con un uniforme y te dirán: tú, aquél que tanta hambre has pasado cuando eras niño, toma este fusil y vete a defender nuestros intereses porque hay una burguesía extranjera que me los quiere quitar; corre tú y defiéndemelos hasta derramar la última gota de sangre, y después, si sales con vida del bélico encuentro, en pago de tu sacrificio, te seguirá condenando a pasar hambre, unas veces diciéndote que no hay trabajo, y otras trabajando, continuarás pasando hambre porque tus salarios serán muy mínimos.

Así, pequeñuelo, irás pasando la vida, pero tú no te sometás a los caprichos de la burguesía, no reconozcas al parásito y únete a los trabajadores cuando seas mayor para luchar y derrumbar la hipocresía burguesa que tantos males tiene ocasionados a la humanidad entera, unas veces declarando fantásticas guerras que dejan vacíos millares

de hogares proletarios, y otras esparciendo por el mundo la terrible enfermedad del paro forzoso, que coloca en situaciones lamentables de hambre y miseria a millones de trabajadores que no han cometido otro delito que el de haber producido en abundancia; así paga la burguesía a los trabajadores que sacrifican su vida en el campo o en la fábrica, junto al arado y la azada, o junto al martillo y el yunque, desahuciándoles de sus hogares como si fueran alimañas, sin mirar que estén enfermos o que tengan hijos pequeños; después hacen ostentación de una doctrina tan ficticia y embustera, llevando crucifijos y medallas, que de haber existido ese Mesías que ellos profanan, seguro estoy les desautorizaría para cometer tales injusticias, con los que como ellos tienen derecho a la vida; es decir, más derecho que ellos, porque nosotros todo lo producimos, y ellos no producen nada. ¿Cuándo harán los gobiernos leyes donde los trabajadores estemos protegidos contra el hambre, el frío y las injusticias capitalistas? Yo creo que mientras exista el régimen capitalista en el mundo, nunca nos encontraremos los trabajadores con leyes suficientes que nos pongan al resguardo del frío y del hambre; es una maldición burguesa sobre el proletariado, que la única forma de abolirla es haciendo la revolución, pero no la revolución de tipo burguesa, sino la revolución proletaria, tomando como modelo la revolución rusa, donde todos los poderes sean del pueblo y donde todo el que quiera comer tenga que trabajar, y no se vean esos cuadros de miseria por las calles, mientras otros se pasean en lujosos automóviles, viven en fantásticos palacios y miran a los que producimos como fieras sin civilizar, que la única forma de hacer carrera de nosotros es con el látigo en la mano, como un domador doma a sus fieras.

Hora es ya que los trabajadores nos demos cuenta de los atropellos que la burguesía comete con nosotros y que nos vayamos educando a la par que educando a los pequeños, futuros trabajadores del mañana, para que la revolución que nosotros empezamos ellos la terminen y para que cuando sean hombres no se encuentren en las calles con hijos de compañeros suyos muertos de hambre y de frío, tendiendo sus manecitas para que un burgués sin entrañas deposite en ellas una moneda con que poder comprar un panecillo, y para que no vean que un niño pide llorando a su madre: ¡Mamá, dame pan!

Luis Olivares.

¿Qué es frente único?

Mucho se viene escribiendo y diciendo sobre Frente Único, pero todo con un total desconocimiento de la verdad; parece como si se quisiera confundir su verdadera finalidad o hacer sospechosa una idea tan beneficiosa para todos los trabajadores.

Vamos a satisfacer, en la medida de nuestras fuerzas y de nuestros conocimientos, al mismo tiempo que la curiosidad del camarada Del Barrio, y la de todos los que no han llegado a comprender lo que significa el frente único en la base.

El frente único se puede hacer para un caso determinado como también se puede realizar permanente, y vamos a analizar el primer caso.

Cuando los obreros de una industria necesitan ir a un movimiento de lucha con la patronal por las reivindicaciones y en esa in-

dustria existen dos o más organizaciones, los obreros se unen entre sí, nombran sus comités de lucha, y luego de huelga, y desahuciándose de la influencia de sus jefes luchan todos unidos, puesto que las necesidades todos las sufren por igual y los beneficios a todos alcanzan.

De todos es sabido el antagonismo que existe entre las centrales sindicales de la U. G. T. y la C. N. T., antagonismo que se hace más duro cuando es preciso por alguna de las centrales hacer unas peticiones a la patronal, y, claro, de este antagonismo quien sufre las consecuencias somos los obreros, no hace falta señalar a ninguno puesto que son tantos los que se han venido sucediendo que sería interminable enumerarlos.

Para evitar estas divergencias y salir perjudicados en nuestros intereses nos desahuciamos de los predicamentos de los jefes y olvidándonos de nuestras diferencias ideológicas, formamos todos los explotados en la misma barricada para defender nuestros intereses de clase hasta lograr el triunfo de nuestras peticiones.

Pero para realizar este frente único de los explotados, se precisa nombrar los comités en los mismos lugares de trabajo por los mismos obreros, y luego todos los comités reunidos nombran el comité central, dando a todos los obreros una misión que cumplir, para que todos los obreros participen en la lucha. Esto es, a grandes rasgos, lo que significa el Frente Único circunstancial, pero analicemos ahora lo que es el Frente Único permanente.

Las enseñanzas que nos dan las luchas dentro de los sindicatos, nos demuestra claramente la necesidad de crear los comités de taller (hay que hacer la salvedad de que nuestra Sociedad no está en las mismas circunstancias que otros sindicatos); pero no obstante, también es conveniente nombrarlos, para fortalecer nuestra unidad.

Teniendo este Frente Único en los lugares de trabajo, se evita que los dirigentes de un sindicato solucionen a espaldas de los obreros y en perjuicio de ellos, con el patrono, un asunto que los obreros más enterados y más directamente afectados podrían solucionar en beneficio propio.

Se evita por medio de los comités de taller que los patronos maniobren en contra de cualquier compañero, imponiéndole al patrono el respeto a todos los trabajadores, como asimismo el estricto cumplimiento de las bases de trabajo, que la mayor parte de las veces se saltan como quieren, por falta de estos organismos.

No quiero hacer más extenso este artículo, y por hoy basta con esta pequeña exposición, que yo creo que será lo suficiente para aclarar errores y podamos todos darnos cuenta de los beneficios que puede reportar a todos los explotados con esta táctica de lucha que hasta aquí donde se ha realizado ha dado su fruto beneficioso. Así que esto es Frente Único, camarada Del Barrio, constitución de comités de taller, comités de lucha cuando se avecina un movimiento huelguístico, comités de huelga, una vez en la lucha, y que todos los obreros tengan una misión específica que cumplir.

Madrid, 16 de marzo de 1933.

Angel del Campo.

El trabajo, con dignidad, enaltece; es aportación al bien común. Sin dignidad, es la sumisión envenenadora del bruto.

X.

Imp. MURILLO. — Pasaje Valdecilla, 2.